

SOBRE LA CONDICIÓN HISTÓRICA DE LOS TRANSITÓLOGOS EN AMÉRICA LATINA Y EUROPA CENTRAL Y ORIENTAL*

JAVIER SANTISO

... Todo ese tráfico frenético alrededor del mundo, que él y los otros grandes escritores pusieron en marcha —la estela de los jets que se cruzan y se vuelven a cruzar al sobrevolar los océanos, marcando el paso, de un continente al otro, de eminentes universitarios cuyas trayectorias convergen, se entrecruzan y se imbrican...

DAVID LODGE¹

EN UNOS POCOS AÑOS LOS ESTUDIOS SOBRE DEMOCRATIZACIÓN se han multiplicado a tal grado que Giovanni Sartori fue incitado a afirmar, con humor, que hoy día estamos “a punto de ser ahogados por los escritos que reflexionan sobre la democracia”.² Inminente o no, esta crecida se explica en gran parte por los acontecimientos que se han presentado

* Este trabajo fue presentado en varias ocasiones, en los seminarios organizados por los señores Mény, Hermet y Thiébaud, respectivamente, en el IEP de París, en 1993 y en 1995, y en el IEP de Lille, en 1996. Quiero aprovechar la ocasión para agradecer las invitaciones y comentarios de que fui objeto.

Cabe hacer notar, antes que nada, que el título hace referencia al discurso que Raymond Aron pronunciara en el Colegio de Francia y el cual es citado más adelante. Dicho discurso, lo mismo que la posición que aquí se defiende, se ubican en un punto equidistante entre las perspectivas internalistas y externalistas de la sociología del conocimiento, al considerar, en contra de la primera, que una sociología de la ciencia debe tomar en cuenta el contexto y la contingencia y, contra la segunda, que éstos no bastan *de ningún modo* para determinar la dimensión cognoscitiva del trabajo científico. Para una ilustración y defensa análoga puede consultarse la obra del epistemólogo Mario Bunge y, en particular, su libro *Sociología de la ciencia*, Buenos Aires, Ediciones Siglo XX, 1993.

¹ D. Lodge, *Un tout petit monde*, París, Éditions Rivages, 1991, p. 18.

² G. Sartori, *La democracia después del comunismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, p. 12.

en la historia real, al haberse multiplicado los procesos de emergencia democrática en los últimos años, primero en el sur de Europa, más tarde en América Latina y finalmente en Europa Central y Oriental y en otras regiones del mundo.

Tal proliferación ha ido acompañada de un aumento en la cantidad de trabajos e intercambios relativos a la democratización. Desde este punto de vista, ¿acaso es válido considerar a las comunidades académicas que se han dedicado a los estudios sobre las transiciones como “comunidades apenas más grandes que la mayoría de los poblados campesinos e igualmente retraídas en sí mismas”?³ Si se llevara a cabo una etnografía semejante, ésta mostraría su enorme diversidad y, sobre todo, revelaría no su carácter cerrado, sino más bien su apertura.

En efecto, los laboratorios y los institutos de investigación, las sociedades de especialistas y los departamentos universitarios axiales en ese campo de la investigación contemporánea se han mantenido sumamente abiertos los unos respecto de los otros y, más aún, han ampliado tal apertura a las comunidades políticas, especialmente en los casos latinoamericanos. Así, en unas y otras regiones, los especialistas del saber, los economistas, los politólogos, los juristas, los sociólogos y otros se dieron a la tarea de viajar, llevando con ellos conceptos, teorías y, en ocasiones, consejos a fin de dilucidar o desembrollar los retos y los enigmas de los cambios de poder.⁴ Algunos miembros de este “*jetset* de las transiciones”,⁵ que viajan de un extremo al otro del planeta, se han convertido en eminentes consejeros de príncipes, como es el caso del economista Jeffrey Sachs, profesor en Harvard, defensor de la terapia de choque y antiguo asesor de los gobiernos chileno, boliviano, polaco y, hoy día, ruso; o bien el de Rudiger Dornbush, profesor de economía en el MIT y muy apreciado por los gobernantes mexicanos.⁶

³ C. Geertz, *Savoir local, savoir global*, París, Presse Universitaires de France, 1986, p. 195.

⁴ Sobre los expertos occidentales en ingeniería constitucional puede consultarse la obra de Y. Mény (comp.), *Les politiques du mimétisme institutionnel: la greffe et le rejet*, París, L'Harmattan, 1993. Cabe señalar que respecto a este tema hoy día está surgiendo una literatura particularmente interesante, como es el caso del libro más reciente de G. Sartori, *Comparative Constitutional Engineering: An Inquiry into Structures, Incentives and Outcomes*, Nueva York y Londres, New York University Press y MacMillan, 1994. Véase también J. Elster, “Constitution Making in Eastern Europe: Rebuilding the Boat in the Open Sea”, *Public Administration*, núm. 71, primavera-verano de 1993, pp. 169-217.

⁵ Entrevista realizada en París al sociólogo chileno Manuel Antonio Carretón, 30 de enero de 1995.

⁶ La existencia de especialistas, particularmente en economía y de origen estadouni-

Otros han ocupado incluso los tronos de los príncipes de sus repúblicas, como es el caso del sociólogo Fernando Henrique Cardoso, quien llegara a ser presidente de Brasil; y de sus ministros, como el sociólogo Francisco Weffort y el economista Pedro Malan, que en 1995 fueron designados, respectivamente, ministro de la Cultura y ministro de Finanzas. De igual forma, en los países de Europa Central muchos observadores de las transiciones se convirtieron en actores de ellas, ejemplo de lo cual es Leszek Balcerowicz, antiguo ministro de Finanzas del primer gobierno democrático polaco y quien hoy es nuevamente profesor del Instituto de Economía de Varsovia.

Al paso de los años, publicaciones, instituciones y coloquios se han multiplicado, con lo que han determinado los sitios de encuentro e intercambio de las comunidades epistemológicas⁷ y han agrupado a académicos y politólogos, ya sea que comulguen o no con aquello que Schmitter denominó la “transitología”, ese “arte” o “ciencia” que “pretende explicar y, a la vez, conducir el paso de un régimen autoritario a un régimen democrático”.⁸ De esta forma, el tiempo de las democratizaciones contemporáneas, que van de América Latina a Europa Central y Oriental, parecería ser el tiempo de los transitólogos, el tiempo de los especialistas en transiciones,⁹ capaces de desembrollar la mara-

dense, no es en absoluto un fenómeno nuevo en América Latina, como nos lo recuerdan algunos de los propios economistas, en especial Barry Eicheingreen y Albert Hirschman a propósito de las “misiones Kemmerer”, y muchos otros provenientes de universidades como Princeton o Harvard, en los años veinte y treinta, en América del Sur. Véase las contribuciones de estos dos autores y los otros ensayos que aparecen en la obra recopilada por P. Drake, *Money Doctors, Foreign Debt and Economic Reforms in Latin America from 1890's to the Present*, Wilmington, Delaware, Scholarly Resources, 1994.

⁷ Sobre este concepto véase la definición expuesta por Jean Leca en “Sur le role de la connaissance dans la modernisation de l'État et le statut de l'évaluation”, *Revue Française d'Administration Publique*, núm. 66, abril/junio de 1993, p. 188.

⁸ Véase P. Schmitter y T. Lynn Karl, “The Conceptual Travels of Transitologists and Consolidologists: How Far to the East Should They Attempt to Go”, *Slavic Review*, vol. 53, núm. 1, primavera de 1994, pp. 173-185; asimismo, Valérie Bunce, “Should Transitologists Be Grounded?”, *Slavic Review*, vol. 54, núm. 1, primavera de 1995, pp. 111-127.

⁹ Este concepto fue objeto de numerosas críticas en virtud de su operacionalización en contextos políticos y ambientes geográficos sumamente diversos, así como de las concepciones temporales, lineares e irreversibles que le son inherentes. Véase, entre otros, C. Bidegaray, “Réflexions sur la notion de transition démocratique en Europe centrale et orientale”, *Pouvoirs*, núm. 65, 1993, pp. 129-144; y G. Hermet, “Un concept et son opérationnalisation: La transition démocratique en Amérique Latine et dans les anciennes pays communistes”, *Revue Internationale de Politique Comparée*, vol. 1, núm. 2, 1994, pp. 275-289.

ña de los hechos, de descubrir sus leyes y lógicas para conformar un *corpus* teórico de axiomas y regularidades que pueden trasladarse de un país al otro y donde el análisis comparado, diacrónico o sincrónico, parecería ser la principal herramienta para alcanzar esas virtudes cognitivas y propositivas.¹⁰

Sin embargo, en lo que toca al conjunto de la literatura sobre las democratizaciones que se ha producido desde los años setenta, puede afirmarse por muchos motivos que lo que hemos presenciado es nada menos que el fracaso de la transitología, en virtud de que la búsqueda de las determinaciones económicas, sociales o culturales de las leyes del cambio democrático ha sido examinada detenidamente y se ha dado paso a una mayor indeterminación, a la elección de los actores y a las situaciones de incertidumbre. Barrington Moore, por una parte, Herbert Simon, por la otra, y demás teóricos y teorías fueron solicitados para que identificaran las lógicas de procesos que resultaban más difíciles de aprehender en función de la gran rapidez con que se multiplicaban. Tal aceleración, ocurrida en el curso de los años ochenta, dificultó particularmente la consolidación de una Gran Teoría sobre las democratizaciones. Por otra parte resulta muy claro que la historia real, desde América Latina hasta los antiguos Países del Este, no siempre tuvo “la cortesía de esperar a que los investigadores lograran dilucidarla”.¹¹ Por el contrario, lo que hoy día se desprende de esas investigaciones es un pensamiento fragmentado que aboga por una relativa modestia conceptual y teórica.

Esta evolución resulta doblemente interesante, pues muestra una transformación de la visión sobre las democratizaciones y remite, en ese sentido, a un cambio epistemológico, pero también indica una transformación del quehacer político, en cuanto que para muchos observadores que se volvieron actores de los procesos que estudiaban “el mundo en el que se vive” y “el mundo en el que se piensa”¹² era un so-

¹⁰ Sobre el enfoque de estos trabajos comparativos, en términos de análisis prospectivos y retrospectivos, de un espacio al otro o de una temporalidad a la otra, véase la obra de R. Rose, *Lesson-Drawing in Public Policy. A Guide to Learning Across Time and Space*, Chatham, Nueva Jersey, Chatham Publishers, 1993.

¹¹ J. Leca, “La démocratisation dans le monde arabe: Incertitude, vulnérabilité et légitimité”, en Ghassam Salamé (comp.), *Démocraties sans démocrates. Politiques d'ouverture dans le monde arabe et islamique*, Paris, Fayard, 1994, p. 84.

¹² Las ciencias ven el mundo desde una cierta distancia, crean “una distancia entre el mundo en el que se vive y el mundo en el que se piensa”, como escribe Raymond Aron al comentar la fórmula de Bachelard. Sin embargo, “el mundo en el que se piensa no es el mundo en el que se vive”. El problema, por lo tanto, queda sin resolverse: “En el

lo y único mundo. En este sentido, el fracaso de la transitología ilustra también la proposición del sociólogo Giddens, planteada a propósito de los escritos de Maquiavelo, según la cual “pensar lo político de una manera nueva y radicalmente nueva es esencial para aquello que deviene la política”.¹³

LA BÚSQUEDA DE LECCIONES: EL PRESENTE DE UNOS Y EL FUTURO DE OTROS

Antes que nada, para evitar todo malentendido es preciso advertir que los estudios sobre las democratizaciones sólo pueden ser parcialmente calificados como transitológicos.

Con mucha frecuencia, aunque sus autores lo ignoren, ciertos trabajos son utilizados como bases de justificación por los dirigentes políticos. El ejemplo que presentó Hirschman durante la conferencia organizada en Buenos Aires del 9 al 11 de noviembre de 1989 por el Banco Interamericano de Desarrollo y el Instituto di Tella es muy ilustrativo a este respecto. Luego de dicha conferencia ciertos militares argentinos invocaron sus trabajos sobre el crecimiento desequilibrado para justificar la supresión o restricción temporal de los derechos democráticos, y así, para su enorme sorpresa, Hirschman escuchó que aquéllos le decían: “todo nuestro gobierno está aplicando sus ideas sobre el crecimiento desequilibrado. En Argentina no podríamos alcanzar a la vez todos nuestros objetivos políticos, económicos y sociales; por lo tanto, procedemos por etapas, como en sus secuencias de crecimiento desequilibrado”.¹⁴

De igual forma Juan Linz, en una entrevista en parte autobiográfica que concedió a una revista madrileña,¹⁵ relató su experiencia como

“se”, agrega Aron, “es legítimo incluir a los mismos sabios. Llegamos, pues, a una disyuntiva. ¿Cómo puede uno desdoblarse sin perderse? Cuando Bachelard escribe que vivimos en un mundo y pensamos en otro, ¿a cuál de los dos pertenece él?” R. Aron, *De la condition historique du sociologue. Leçon inaugurale prononcée au Collège de France le 1^{er} décembre 1970*, París, Gallimard, 1971, pp. 49-50 y 54.

¹³ A. Giddens, *La constitution de la société*, París, Presses Universitaires de France, 1987, p. 418. Sobre la interacción entre la transformación de lo afirmado y la del quehacer político, véase Q. Skinner, *The Foundations of Modern Political Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978.

¹⁴ A. Hirschman, “The Case against ‘One Thing at a Time’”, *World Development*, vol. 18, 1990, p. 1119.

¹⁵ “Juan Linz: sobre España y la democracia. Conversación berlinesa con Ignacio Sotelo”, *Claves de Razón Práctica*, núm. 16, octubre de 1991, p. 53.

“transitólogo a su pesar” o “de mala gana”. Al participar en un coloquio sobre Brasil, organizado por Alfred Stepan, para el que escribiera un trabajo titulado “Brasil: una situación autoritaria”, Linz había subrayado las dificultades que enfrentaba el régimen brasileño para institucionalizarse. “El general Golbery leyó ese trabajo y una persona que está escribiendo su biografía me comentó que el artículo en cuestión tenía muchos subrayados y anotaciones. El propio Golbery dijo a varias personas que mi trabajo lo había finalmente convencido de que no existía la menor posibilidad de institucionalizar el régimen militar. Esto hoy día es algo por todos conocido en Brasil, al grado de que Fernando Henrique Cardoso expresó públicamente que yo tenía algo que ver con la evolución de la política brasileña.”

En el otro extremo, ciertos transitólogos que no sólo desean ser escuchados sino también que se tomen en cuenta sus recomendaciones han vivido algunas decepciones. Tal es el caso del economista Paul Krugman, quien a propósito de la crisis financiera mexicana que provocó la brutal devaluación del peso, el 20 de diciembre de 1994, declaró que si bien sus advertencias, al igual que las de otros de sus colegas, contra el optimismo excesivo que prevalecía en la evaluación de la situación del “mercado emergente” mexicano sí fueron escuchadas, no ocurrió lo mismo con las conclusiones que él exponía. Es así que Krugman ofreció una conferencia en México el 25 de marzo de 1994 en la que aconsejaba una administración más prudente y, de ser necesario, una devaluación controlada del peso, pero sus palabras no fueron atendidas. “Quien hace dos o tres años se mostraba escéptico”, escribió Krugman en 1995, “no tenía la menor posibilidad de influir de manera alguna en los dirigentes de los países en desarrollo. Un punto de vista que contrariara el optimismo generalizado del momento era tratado con desdén, en el mejor de los casos, o bien con recelo”.¹⁶

Estas experiencias comprueban, si ello aún fuera necesario, el punto hasta el cual se ha hecho una demanda –aunque, es cierto, a menudo ambigua, difusa o implícita– a las ciencias sociales para que respondan a los retos que plantean las democratizaciones. Asimismo, al igual que Maquiavelo, quien según Schmitter sería el ancestro de los transitólogos contemporáneos, muchos autores han insinuado en sus análisis algunas proposiciones o recomendaciones para los gobernantes.

¹⁶ P. Krugman, “Dutch Tulips and Emerging Markets”, *Foreign Affairs*, vol. 74, núm. 4, 1995, p. 36.

tes, haciendo suya aquella exhortación del florentino: “tu deber, como hombre honesto, es que, si por los avatares del tiempo o de la fortuna no te fuera posible hacer el bien por cuenta propia, brindes a otros lecciones de tal suerte que habiendo muchos otros hombres que sean capaces de hacerlo, algunos de entre ellos, privilegiados del cielo, puedan realizarlo”.¹⁷

Al colocar la habilidad política de los actores en el centro de sus investigaciones, muchos autores proponen esquemas de análisis “listos para usarse”, con una lista de *guidelines for democratizers* e igual número de consejos sobre las acciones a seguir a fin de que la transición se desarrolle sin incidentes.¹⁸ Sus estudios ilustran, así, la tensión presente en muchas ciencias sociales y, en particular, en las ciencias políticas, al ser evaluaciones implícitas o explícitas de la realidad, que están simultáneamente “orientadas hacia la acción” y “hacia compartir los conocimientos”,¹⁹ siendo entonces objeto de dos demandas contradictorias, la una “cientificista previsor, refutada por la otra, que la quisiera fundamental y especulativa”.²⁰

Desde el punto de vista temporal, las evaluaciones realizadas han incluido a la vez una dimensión retrospectiva y una dimensión prospectiva, uno de cuyos postulados implícitos es que las democratizaciones pasadas pueden esclarecer aquellas por venir. Aquí, de nuevo, la figura de Maquiavelo podría fácilmente ser invocada, dado que los ensayos del florentino eran comparaciones orientadas a la vez hacia el pasado y hacia el futuro. Como él mismo expresa: “cualquiera que compare el presente y el futuro advertirá que todas las ciudades y todos los pueblos siempre han sido y siguen siendo animados por los mismos deseos y pasiones. De esta forma resulta sencillo, mediante el estudio exacto y reflexivo del pasado, prever lo que habrá de ocurrir en una república y, por tanto, será preciso servirse de los medios utili-

¹⁷ N. Machiavel, “Discours sur la décade de Tite-Live. Livre second”, en Machiavel, *Le Prince et autres textes*, París, Gallimard, 1980, p. 211.

¹⁸ Ejemplos sobresalientes de ese tipo de análisis voluntaristas, orientados hacia la acción y la formulación de propuestas, se encuentran en S. Huntington, *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, Norman y Londres, University of Oklahoma Press, 1991; G. Di Palma, *To Craft Democracies: An Essay on Democratic Transitions*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1990; G. Pasquino, “Political Leadership in Southern Europe: Research Problems”, *West European Politics*, vol. 12, núm. 11, octubre de 1991, pp. 118-130.

¹⁹ Leca, “Sur le rôle de la connaissance...”, *op. cit.*, p. 192.

²⁰ “Prestiges et obscurités de la science politique. Table ronde avec Georges Lavau, Jean Leca et Evelyne Pisier”, *Espri*, agosto-septiembre de 1986, p. 80.

zados por los antiguos, o bien, de no hallarse ejemplos, imaginar nuevos, de acuerdo con la semejanza de los acontecimientos".²¹

De manera implícita o explícita, muchos análisis sobre las democratizaciones contemporáneas incluyen una evaluación muy apreciada por los economistas, la cual procede desde las consecuencias futuras, posibles o probables, a las acciones emprendidas en el presente inmediato.²² Es así que dichos análisis se han convertido en verdaderos ejercicios de conjeturas sobre coyunturas, que invierten la flecha del tiempo y se interesan en los escenarios posibles no a partir del pasado (las estructuras) sino a partir del futuro (las oportunidades y consecuencias). Esta evolución revela en parte una postura voluntarista, más o menos explícita, en las investigaciones contemporáneas. El interés acordado al futuro y ya no al pasado, a aquello que aún no es pero que podría ser, muestra una propensión a querer describir hacia adelante, pero también a prescribir hacia atrás los cambios posibles, probables o deseables.

Al proceder desde el futuro y no desde el pasado para explicar o anticipar los procesos, los análisis también se han vuelto hacia la acción, actividad en la cual el futuro tiene primacía, pues a la inversa del pasado, que está, por así decirlo, cerrado, el futuro se encuentra abierto: "no está, como escribiera Popper, completamente determinado, sino que podemos actuar sobre él".²³ Por otra parte, esta voluntad de prescribir y describir a menudo se ha traducido en una acción efectiva. "Muchos amigos y 'compañeros' del combate contra el autoritarismo", señala O'Donnell, "hoy ocupan cargos en el gobierno o en los partidos políticos, ya sea en Brasil, en Argentina, en Chile o en Uruguay."²⁴

²¹ Machiavel, *op. cit.*, p. 191.

²² Sobre la temporalidad del actor racional de la teoría económica, que razona retrospectivamente desde el horizonte futuro, pueden consultarse los trabajos de J. P. Dupuy, "Temps de la rationalité et temps de l'histoire", en Dupuy, *Introduction aux sciences sociales. Logique des phénomènes collectifs*, Paris, Édition Marketing, 1992, pp. 97-102; J. P. Dupuy, "Temps et rationalité", *Cahiers d'Économie Politique*, núm. 24-25, L'Harmattan, 1994, pp. 69-104. Sobre la percepción del tiempo en el análisis económico, véase, T.C. Schelling, "Forward", en "Time in Economic Life", *Quarterly Journal of Economics*, núm. 4, 1973.

²³ K. Popper, *L'univers irrésolu, playdoyer pour l'indéterminisme*, Paris, Hermann, 1984, p. 48.

²⁴ G. O'Donnell, "Transitions, Continuities, and Paradoxes", en S. Mainwaring, G. O'Donnell y S. Valenzuela (comps.), *Issues in Democratic Consolidation: The New South American Democracies in Comparative Perspective*, Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame Press, 1992, p. 17.

De esta forma, la disciplina se ha convertido hasta cierto punto en una ciencia de las cosas por venir y de los cambios inminentes, transformándose en una empresa de revelación y predicción del futuro político. En este sentido puede decirse que los estudios sobre las democratizaciones han renovado en parte, lo mismo que el historicismo que denunciara Popper, “un enfoque en las ciencias sociales que hace de la predicción [su] objetivo principal y que enseña que éste puede ser alcanzado si se descubren los ‘ritmos’ o los ‘modelos’, las ‘leyes’ o las ‘tendencias generales’ que subyacen a los desarrollos históricos”.²⁵ Al estar políticamente orientados hacia la finalidad democrática, los análisis se han transformado en verdaderas búsquedas de la democracia perdida,²⁶ en encuestas sobre el pasado autoritario y las democracias posibles.²⁷

En sus trabajos, Przeworski retomó en varias ocasiones el problema inherente a los estudios sobre las democratizaciones y, en particular, del observador participante. En su opinión, la postura de lo que aquí llamamos “el transitólogo” aclara en parte la elección misma de los conceptos de las construcciones teóricas. Przeworski explica así hasta cierto punto el éxito del tema del pacto y del enfoque estratégico: “La perspectiva (microsociológica, que vinculaba los resultados a condiciones estructurales) era demasiado determinista para conducir las actividades de actores políticos que no podían evitar creer que el éxito del proceso de democratización dependía de sus estrategias y de las de sus adversarios y no que se hallaba marcado sin remedio por las condicio-

²⁵ K. Popper, *Misère de l'historicisme*, París, Presses Pocket, 1988, p. 7.

²⁶ Véase, en particular, los ensayos del sociólogo chileno Manuel Antonio Garretón. Uno de los sociólogos más eminentes de Chile y América Latina, Carretón también desarrolló actividades políticas congruentes, al ser una de las figuras centrales de la renovación del socialismo chileno. Su trayectoria, entre el saber y el poder, está lejos de ser un caso aislado, como lo demuestran los recientes trabajos sobre el papel de los intelectuales en la transformación política chilena, en su mayoría sociólogos, economistas o politólogos, tales como Alejandro Foxley, Ricardo Lagos o Edgardo Boeninger. Véase J. Puryear, *Thinking Politics. Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1988*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1994.

²⁷ La búsqueda de leyes, de generalizaciones o más simplemente, de reglas, no es sin duda ajena a la empresa científica. Muy a menudo se deriva, como lo demostraron Almond o Boudon, de una concepción naturalista de las ciencias sociales y de la imposición del modelo de las ciencias de la naturaleza y de la física sobre las ciencias de la sociedad y la economía. G. Almond y S. Genco, “Clouds, Clocks and the Study of Politics”, *World Politics*, vol. XXIX, núm. 4, julio de 1977, pp. 489-522; y R. Boudon, *La place du désordre. Critique des théories du changement social*, París, Presses Universitaires de France, 1984.

nes del pasado [...] El enfoque macrohistórico tampoco los seducía, pues éste condenaba a la impotencia política”. Por consiguiente, “el enfoque elegido por O’Donnell y Schmitter colocó en un lugar privilegiado las estrategias de los diversos actores y explicó las etapas de los procesos como resultados de esas estrategias. Lo que motivó dicha elección fue, en gran medida, el hecho de que muchos participantes se habían lanzado a luchar por la democracia y querían comprender las consecuencias de las elecciones alternativas”.²⁸

EL TIEMPO MUNDIAL DE LAS DEMOCRATIZACIONES Y LAS COMPARACIONES

Sin embargo, tal postura de búsqueda de lecciones no es exclusiva ni de América Latina ni de la sociología o la ciencia política. También los economistas fueron proclives a extraer lecciones de las diversas transiciones y a ofrecer consejos dirigidos a los hacedores de la historia.²⁹ De igual forma, desde un punto de vista geográfico, el fenómeno es más generalizado. Las dinámicas comparativas efectivamente se inscribieron en ese tiempo mundial que hoy evocan muchos autores y, en primer lugar, Giddens, quien considera, siguiendo a Wolfram Eberhard, que se caracteriza antes que nada por el examen de las coyunturas a la luz de la historia controlada de manera reflexiva.³⁰ El tiempo mundial remite así a compartir los conocimientos, a un saber mundial constitu-

²⁸ Citado por Jean Leca, en Leca, “La démocratisation dans le monde arabe...”, *op. cit.*, p. 37. Véase, asimismo, A. Przeworski, *Democracy and the Market. Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 96 y 97; A. Przeworski, “Some Problems in the Study of the Transition to Democracy”, en G. O’Donnell y P. Schmitter (comps.), *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, vol. III, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1986, pp. 57-61.

²⁹ Véase, por ejemplo, la obra colectiva de O. Blanchard, K. Froot y J. Sachs, *The Transition in Eastern Europe*, vols. I y II, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 1994.

³⁰ “El hecho de insistir en que el estudio del cambio social se sitúe en el tiempo mundial permite sacar a la luz la incidencia de diversas formas de sistemas intersociales sobre las transiciones entre episodios. Si toda vida social es contingente, todo cambio social es coyuntural. En efecto, el cambio social depende de la conjunción de circunstancias y eventos cuya naturaleza puede variar según los contextos y éstos, como siempre, hacen participar a agentes que ejercen un control reflexivo sobre las condiciones en las cuales hacen su propia historia.” Giddens, *op. cit.*, pp. 307 y 308. El concepto de tiempo mundial es altamente polisémico, como demostró Z. Laidi, en *Un monde privé de sens*, París, Fayard, 1994, pp. 270 y ss.

tivo de una reflexión que en lo sucesivo se vuelve planetaria; designa el tiempo de un mundo en el que la información circula de un extremo al otro del hemisferio de manera instantánea, con lo que los hombres de los distintos continentes se hacen cada día más contemporáneos los unos de los otros.³¹

En este sentido, para Giddens el tiempo mundial es, antes que nada, el tiempo de la globalización, “definida como la intensificación de las relaciones sociales planetarias, que acercará a tal punto los sitios más apartados, que los sucesos locales serán influidos por hechos que ocurran a miles de kilómetros de distancia y viceversa”.³² Una de las consecuencias más notables de la globalización es sin duda la extensión de lo que Ricoeur llama “la sucesión de las generaciones”, es decir, la red de los contemporáneos, los predecesores y los sucesores.³³ De un hemisferio al otro, los hombres pertenecen cada día más a la misma generación; se hacen un poco más contemporáneos, expuestos a las mismas influencias, marcados por los mismos sucesos y los mismos cambios.

Así, por ejemplo, las democratizaciones de países lejanos se vuelven acontecimientos de actualidad, hechos contemporáneos para los demócratas de los países autoritarios.³⁴ De repente lo que ocurre en España o en Filipinas adquiere relevancia para el demócrata de Santiago, de Varsovia o de Moscú,³⁵ simultaneidad que amplifica aún más la

³¹ “Ya en 1982 un analista señalaba que, gracias a los diarios modernos, los habitantes de un poblado perdido tenían un mejor conocimiento de los sucesos contemporáneos que un primer ministro cien años atrás. El aldeano que lee un diario ahora se entera, de manera simultánea, de los hechos relativos a una revolución en Chile, a una guerra tribal en el este africano, a una masacre en el norte de China y a una hambruna en Rusia.” A. Giddens, *Les conséquences de la modernité*, París, L’Harmattan, 1994, p. 83. Al respecto, véase también los ensayos de y en M. Walzer (comp.), *Toward a Global Society*, Providence, R.I., Bergham Books, 1995.

³² Guiddens, *Les conséquences de...*, *op. cit.*, p. 70.

³³ P. Ricoeur, *Temps et récit. Le temps raconté*, III, París, Éditions du Seuil, 1985, p. 163.

³⁴ La contemporaneidad designa, como escribe Ricoeur, “la mediación entre el tiempo privado del destino individual y el tiempo público de la historia. Lo contemporáneo es en ese sentido un semejante del cual no conocemos el rostro, de quien sabemos que existe al mismo tiempo que nosotros pero del cual no tenemos, la mayor parte de las veces, una experiencia inmediata”. Ricoeur, *op. cit.*, p. 167.

³⁵ Abundan los ejemplos que demuestran esta dinámica de interacciones y comparaciones a escala mundial. Véase, en particular, los ejemplos citados por Guy Hermet a propósito de los Países del Este, en Guy Hermet, *Les désenchantements de la liberté. La sortie des dictatures dans les années 90*, París, Fayard, 1993, pp. 214 y ss.

importancia heurística, pero también práctica, del proceso comparativo que busca tipologías y analogías.³⁶ En particular, los investigadores diseminados por el mundo entero se encuentran ligados a los datos observables y mensurables que son recabados, difundidos e intercambiados gracias a la electrónica, de tal suerte que hoy para ellos es “posible trabajar en forma simultánea en un frente común del saber”.³⁷

Una tras la otra, las dinámicas democráticas adquieren un lugar en un mundo donde la “democracia de mercado” se convierte en el cuadro de referencia de lo político. Como en todas las temporalidades en las que predomina la imagen linear, hubo los primeros y los últimos en llegar, hubo iniciadores y seguidores, y la singularidad de la mayoría de las democracias de los antiguos Países del Este radica en su tardía inserción en ese tiempo democrático. En tal cronología de las transiciones, el efecto Tocqueville parece haber tenido una particular relevancia para los últimos en llegar. Dicho efecto, que fuera destacado por Guy Hermet, luego de Garton Ash, y que se refiere “al fenómeno que lleva a que los dirigentes crean que ya no tienen derecho a gobernar”,³⁸ fue particularmente agudo en los países, cuyas democratizaciones se insertaban en una sucesión de precedentes innumerables. Todo parece haber ocurrido como si en el curso de los últimos veinte años cada experiencia transicional hubiera venido a enriquecer el campo de las posibilidades, configurando un nuevo horizonte de comparación y definiendo una nueva viabilidad democrática.

Al añadirse a la agenda mundial como una referencia adicional, cada experiencia parece haber contribuido a postrar a algunos y a es-

³⁶ Cabe destacar que es así como la disciplina se ha enriquecido en el curso de estos últimos años, con trabajos muy importantes, ricos en tipologías y analogías. Por sólo mencionar uno o dos autores, pueden destacarse los trabajos más recientes de P. Schmitter y T. Karl, “The Types of Democracy Emerging in Southern and Eastern Europe and South and Central America”, en P. Volten (comp.), *Bound to Change: Consolidating Democracy in East Central Europe*, Nueva York, Institute for East/West Studies, 1992, pp. 42-68.

³⁷ Asimismo, Nowotny expresa que la aceleración del intercambio de conocimientos inherente al auge tecnológico ha transformado en parte los métodos de trabajo de los científicos, al trasladar una parte de la naturaleza al laboratorio. “Pero ese proceso también tiene una dimensión temporal. El potencial de aceleración de la producción del saber está asimismo ligado al hecho de que los fenómenos naturales introducidos comienzan a establecer una relación cultural con los investigadores y a tomar parte de su temporalidad, del tiempo social del laboratorio.” H. Nowotny, *Le temps à soi. Genèse et structuration d'un sentiment du temps*, Paris, Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1992, pp. 78 y 79.

³⁸ Hermet, *Les désenchantements de la liberté...*, op. cit., p. 131; asimismo, T. Garton Ash, *La chaudière. Europe Centrale, 1980-1990*, París, Gallimard, 1990, pp. 429 y ss.

timular a otros. Para los antiguos Países del Este, e incluso para Chile, cuyas democratizaciones se desarrollaron a finales de los años ochenta, las transiciones anteriores constituyeron un indudable manantial de ejemplos que abogaban en favor de un relativo optimismo democrático. Como lo declara y escribe M. A. Carretón, “los líderes de la oposición chilena aprendieron mucho de las elecciones democráticas que se realizaron en Filipinas y en Argentina, de la transición española, del plebiscito uruguayo”;³⁹ “incluso nosotros, teóricos proclives a hacernos practicantes, aprendimos mucho de las comparaciones que podíamos extraer de las transiciones ocurridas en otras partes, en términos de estrategias posibles, de elecciones y de consecuencias”.

En el caso de las democratizaciones, los países con transiciones tardías tuvieron la ventaja de contar con importantes apoyos institucionales. Los que llegaron tarde no sólo pudieron recibir la influencia de aquellos que los habían precedido, sino que aprovecharon el desarrollo previo de las importantes redes informales o canales institucionales que se conformaron a partir de los años setenta. En lo que se refiere a las instituciones de apoyo o de fomento democrático, el contexto internacional es hoy muy diferente del que prevalecía a principios del decenio de los setenta. Existen, en particular, numerosos foros universitarios, comerciales, gubernamentales o no gubernamentales que han desarrollado políticas de sostenimiento democrático,⁴⁰ de tal suerte que hoy día ya no puede considerarse que los demócratas no occidentales estén “aislados” y “abandonados” (como fueran descritos hace cinco años). Las organizaciones occidentales ofrecen desde entonces una asistencia considerable a los demócratas de los países en vías de desarrollo y de las naciones poscomunistas.

Por el contrario, como resultado de esas comparaciones instantáneas o simultáneas, las democracias tardías se enfrentan a una difícil-

³⁹ M. A. Garretón, “Redemocratization in Chile”, *Journal of Democracy*, vol. 6, núm. 1, enero de 1995, p. 148; y para la cita siguiente, entrevista a M. A. Garretón realizada en París el 30 de enero de 1995.

⁴⁰ Es así que encontramos especialistas en democratizaciones en el seno de instituciones tales como el *National Endowment for Democracy*, sobre las cuales han hecho posteriormente algunos estudios, como es el caso de H. Wiarda, “Project Democracy and the National Endowment for Democracy”, en H. Wiarda, *The Democratic Revolution in Latin America*, Nueva York-Londres, Holmes & Meier, 1990, pp. 143-168. A manera de ejemplo, sobre el caso específico de Chile puede consultarse J. Santiso, “Élites et démocratisations chiliennes: Les centres académiques privés”, en A. Colonosmos (dir.), *Sociologie des réseaux transnationaux. Communautés, entreprises et individus: Lien social et système international*, París, L'Harmattan, 1995, pp. 245-279.

tad particular, que es inherente, como lo señala Sartori, a las diferencias de ritmo entre el tiempo del calendario y el tiempo de la historia: “copiar un modelo político es un proceso sincrónico basado en un calendario temporal”, “se importa hoy lo que existe hoy”, y ello sin tomar en cuenta la profundidad y el tiempo histórico específicos de cada país.⁴¹ Dicho en otras palabras, se espera que “los últimos en llegar” integren con rapidez todas las experiencias de las democracias anteriores –los “primeros en llegar”–, lo que hace que las democracias hoy emergentes deban enfrentar una sobrecarga de expectativas, que deban satisfacer simultáneamente todos los criterios económicos, sociales y políticos de los países erigidos en referencias.

EL FRACASO DE LA TRANSITOLOGÍA: DE AMÉRICA LATINA A EUROPA CENTRAL Y ORIENTAL

Tal abundancia indujo también a la idea, falsa o verdadera, de que existía un cuerpo de conceptos y enseñanzas transferibles a otras partes. En términos cronológicos, el primer modelo transicional por imitar, que fue reconstruido *a posteriori*, como lo señala Linz, fue el español.⁴² En los casos chileno o brasileño la imposición de la referencia ibérica fue considerable, pues ésta ofrecía un horizonte comparativo para una transición por venir que también se deseaba pactada, sin ruptura.⁴³ Nancy Bermeo demostró hasta qué punto estuvo presente la transición española en el espíritu de muchos actores chilenos y cómo las comparaciones que realizaban se convirtieron en una importante

⁴¹ Véase, G. Sartori, “How Far Can Free Government Travel?”, *Journal of Democracy*, vol. 6, núm. 3, julio de 1995, pp. 104 y 105.

⁴² J. Linz, “La transición a la democracia en España en perspectiva comparada”, en Ramón Cotarelo (comp.), *Transición política y consolidación democrática: España (1975-1986)*, Madrid, CIS, 1992, pp. 431-460.

⁴³ Véase, por ejemplo, D. Share y S. Scott Mainwaring, “Transitions through Transition: Democratization in Brazil and Spain”, en W. Selcher (comp.), *Political Liberalization in Brasil: Dynamics, Dilemmas, and Future Prospects*, Boulder, Westview Press, 1986, pp. 175-215. El ejemplo español también fue objeto de numerosos comentarios de los demócratas de los Países del Este. Véase Hermet, *Les désenchantements de la liberté...*, *op. cit.*, pp. 214 y ss.; K. Maxwell, “Spain’s Transition to Democracy: A Model for Eastern Europe?”, *Proceedings of the Academy of Political Science*, vol. 38, núm. 1, 1991, pp. 35-49. Sobre una formalización de ese “modelo” véase también el trabajo de J. Colomer, “Transitions by Agreement: Modelling the Spanish Way”, *American Political Science Review*, vol. 85, diciembre de 1991, pp. 1283-1302.

fuentes de aprendizaje político.⁴⁴ Así, por ejemplo, una figura central de la transición chilena como lo fue Gabriel Valdés –presidente de la Democracia Chilena de 1982 a 1987 y, más tarde, presidente del Senado– tuvo siempre en mente el ejemplo español: “España lo hizo, ¿por qué no podríamos hacerlo también nosotros? En España las divisiones eran mucho más profundas que las nuestras...”⁴⁵

De igual forma, cuando ocurren los cambios en los antiguos Países del Este se busca en las experiencias precedentes aquellos elementos análogos que permitan conducir las transiciones de los antiguos países comunistas. Pero, paradójicamente, la búsqueda de analogías entre una región y la otra se torna particularmente difícil. Hoy día, ya sea que se trate de aquellas relativas a los países del sur de Europa, de América Latina o de Europa del Este, la mayoría de los politólogos coincide en que la comparación entre, o incluso dentro de ellos resulta sumamente delicada. En particular, las macrocomparaciones cuantitativas parecen estar dando paso a comparaciones más cualitativas y, a menudo, más restringidas, que se limitan a dos o tres países.

Resulta muy significativo que cuando los autores se aplican a hacer comparaciones entre esos grupos de países lo hacen con cierta prudencia, como lo muestran los más recientes trabajos de Barbara Misztal, Arend Lijphart o Joan Nelson, en los cuales demuestran que, en definitiva, son las diferencias las que prevalecen.⁴⁶ En el caso de algunos países se trata de una redemocratización, mientras que para otros se trata de una verdadera democratización, en la que no sólo se presenta un cambio de régimen político, sino también el paso de una economía planificada a una economía de mercado. De esta manera, Claus Offe considera, por ejemplo, que el grupo de los Países del Este enfrenta el dilema sin precedentes de la simultaneidad de una triple transición; son tres los asuntos que se les plantean:

⁴⁴ N. Bermeo, “Democracy and the Lessons of Dictatorship”, *Comparative Politics*, abril de 1992, pp. 273-291.

⁴⁵ Entrevista de Malú Sierra a Gabriel Valdés, *Cosas*, 7 de abril de 1983, reproducida en G. Valdés, *Por la libertad*, Santiago, Ediciones Chile y América, 1987, pp. 40 y 41.

⁴⁶ J. Nelson (comp.), *Intricate Links: Democratization and Market Reforms in Latin America and Eastern Europe*, New Brunswick, NJ, 1994; J. Nelson, “The Politics of Economic Transformation: Is Third World Experience Relevant in Eastern Europe?”, *World Politics*, vol. 45, núm. 3, abril de 1993, pp. 433-463; B. Misztal, “Must Eastern Europe Follow the Latin American Way?”, *Archives Européennes de Sociologie*, 33(1), 1992, pp. 151-179; A. Lijphart, “The Southern European Examples of Democratization: Six Lessons for Latin America”, *Government and Opposition*, vol. 25, núm. 1, invierno de 1990, pp. 69-94.

el nacional, el de la democracia y el del orden económico y de la propiedad.⁴⁷

Así, la incorporación de las transiciones recientemente ocurridas en los Países del Este dio lugar a un debate entre los especialistas para saber si era posible analizarlas como partes interventoras en el proceso de difusión iniciado con Portugal en 1974. Si bien la mayoría respondió de manera afirmativa, también destacó la extrema heterogeneidad de los objetos estudiados por la transitología. Para Sartori, en particular,

es importante destacar que la expansión victoriosa de la democracia ha tenido lugar en procesos y contextos sumamente diversos, sea como retorno a la democracia o como implantación *ex novo*. En América Latina, salvo por el caso de México, siempre se ha tratado de un retorno, de una redemocratización. En los Países del Este y en otras naciones, excepto por Checoslovaquia, se trata, en su mayoría, de democratización *ex novo* [...] La diferencia entre los dos casos es, pues, muy grande. En América Latina y en los países de la Europa meridional la democratización siempre significa salir de la dictadura. En los países ex comunistas, implica entrar en las tierras desconocidas de la sociedad y la economía de mercado.⁴⁸

En este mismo tenor, Hermet escribe que

casí en todas partes, las transiciones se han traducido en la impotencia de los nuevos gobernantes ante la anarquía prevaleciente y la necesidad de conducir no sólo el simple paso de un régimen a otro, sino también la reconfiguración integral de sociedades desamparadas. Por lo tanto, utilizar la misma palabra frente a ese verdadero maremoto resulta irrisorio.⁴⁹

La explicación de tal humildad comparativa debe sin duda buscarse en ese fenómeno señalado por Paul Valéry sobre el surgimiento de un mundo finito, en el que las causas de las causas y los efectos de los efectos se encuentran cada día más vinculados por encadenamientos cuya identificación se hace cada vez más azarosa y la malla de las inter-

⁴⁷ C. Offe, "Vers le capitalisme par construction démocratique? La théorie de la démocratie et la triple transition en Europe de l'Est", *Revue Française de Science Politique*, vol. 42, núm. 6, diciembre de 1992, pp. 923-942.

⁴⁸ G. Sartori, "Democracia y mercado", *Claves de Razón Práctica*, núm. 30, marzo de 1993, p. 7.

⁴⁹ Hermet, *Les désenchantements de la liberté...*, *op. cit.*, p. 191.

dependencias, cada vez más densa. Aislar los acontecimientos, desentrañar sus intrínquilis, localizar su ocurrencia y adivinar su resonancia se tornan tareas tan necesarias como difíciles de realizar.⁵⁰ Al parecer, en adelante los transitólogos de América Latina y de otras partes habrán de convenir con la afirmación de Valéry:

en lugar de jugar con el destino, como se hacía en otros tiempos, en una partida de cartas honesta de la que se conocían las reglas del juego, el número de cartas y las figuras, ahora nos encontramos en la situación de un jugador que constatará con estupor que la mano de su pareja contiene figuras nunca antes vistas y que las reglas del juego se modifican a cada lance.⁵¹

De esta manera, los analistas de los países de Europa Central y Oriental, lo mismo que los de América Latina, insisten ahora sobre lo probable y lo inesperado, sobre los acontecimientos y los advenimientos, así como sobre las consecuencias no esperadas de los procesos de surgimiento democrático. Dobry y Schmitter, por ejemplo, en sus respectivos escritos más recientes insisten en el carácter no anticipado, sorprendente o paradójico de ciertas movilizaciones ocurridas en los países de Europa Central y Oriental, o incluso en los compromisos no esperados entre los diversos grupos de interés y en la importancia de la *virtu* y la *fortuna* en el curso de los cambios democráticos.⁵²

⁵⁰ Agreguemos, además, que ciertos epistemólogos, como Mario Bunge, por ejemplo, han demostrado que el principio de la causalidad no implica en absoluto la idea de una anterioridad o prioridad temporal, como lo sugieren los modelos lineares. Véase, al respecto, M. Bunge, *Causality: The Place of the Causal Principle in Modern Science*, Cambridge, Harvard University Press, 1959, pp. 63 y ss.; así como la discusión sobre la dimensión temporal del principio de causalidad defendida por Weber en la obra de C. Van Fraassen, *An Introduction to the Philosophy of Time and Space*, Nueva York, Random House, 1970, pp. 61 y ss.

⁵¹ P. Valéry, *Regards sur le monde actuel et autres essais*, París, Gallimard, 1945, pp. 195 y 196.

⁵² Véase M. Dobry, "Les causalités de l'improbable et du problème: Notes à propos des manifestations de 1989 en Europe centrale et orientale", *Culture et Conflits*, 1995, p. 123. Véase, asimismo, el ensayo de T. Kuran, "Now Out of Newer, the Element of Surprise in the East European Revolution of 1989", en N. Bermeo (comp.), *Liberalization and Democratization. Change in the Soviet Union and Eastern Europe*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1991, pp. 7-48.

UN CAMBIO EPISTEMOLÓGICO

Desde un punto de vista epistemológico, los estudios sobre las democratizaciones experimentan así una evolución particularmente notable, que pasa del predominio de los análisis en términos de estructuras a estudios más centrados en las coyunturas y en los actores.⁵³ En ese sentido, “el individualismo metodológico parece haber ganado la partida”;⁵⁴ ya se trate de América Latina o de los antiguos Países del Este, asistimos en efecto a una proliferación de trabajos centrados en las élites, en sus elecciones y en sus estrategias.⁵⁵ “Es un hecho sumamente significativo”, señala Sartori,⁵⁶ “el que algunos antiguos estructuralistas, como O’Donnell y Schmitter, se hayan sumado a las nociones que Linz fuera el primero en elaborar”.⁵⁷

La historia real ha venido en parte a desalentar esta búsqueda. Así, por ejemplo, como hace poco lo recordara Hirschman,⁵⁸ el problema

⁵³ Para una revisión crítica de esta evolución véase J. Santiso, “La démocratie incertaine: La théorie des choix rationnels et la démocratisation en Amérique Latine”, *Revue Française de Science Politique*, vol. 43, núm. 6, diciembre de 1993, pp. 970-993. Véase, también, el brillante ensayo de D. Collier y D. Norden, “Strategic Choice Models of Political Change in Latin America”, *Comparative Politics*, vol. 24, núm. 2, enero de 1992, pp. 229-243.

⁵⁴ J. Leca, “Faire de la science politique dans un monde (politique) que change. Réflexions sur le Congrès Mondial de science politique de 1991”, *Revue Française de Science Politique*, vol. 42, núm. 1, febrero de 1992. Sobre el nuevo enfoque en los estudios comparados relativos al contexto latinoamericano puede consultarse la obra de P. Smith, *Comparative Perspective on Latin America: New Approaches in Methods and Analysis*, Boulder, Westview Press, 1994.

⁵⁵ Además de las monografías sobre las élites nacionales, podemos mencionar, entre los estudios más generales, los trabajos de J. Higley y R. Gunther (comps.), *Élites and Democratic Consolidation in Latin America and Southern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

⁵⁶ G. Sartori, “Repenser la démocratie: Mauvais régimes et mauvaises politiques”, *Revue Internationale des Sciences Sociales*, núm. 129, agosto de 1991, p. 479.

⁵⁷ Para una biografía intelectual de la trayectoria de O’Donnell puede consultarse el artículo de D. Lehman, “A Latin American Political Scientist: Guillermo O’Donnell”, *Latin American Research Review*, vol. XXIV, núm. 2, 1989, pp. 187-200. Sobre esos cambios epistemológicos puede también consultarse el ensayo de D. Levine, “Paradigm Lost: Dependence to Democracy”, *World Politics*, vol. XL, núm. 3, abril de 1988, pp. 377-394.

⁵⁸ A. Hirschman, “Des liens accidentés entre progrès politique et progrès économique”, *La Pensée Politique*, 1994, pp. 117-127 (retomado en A. Hirschman, *Un certain penchant à l’autosubversion*, París, 1995, pp. 319-335). A este respecto véase también J. Nelson (comp.), *A Precarious Balance: Democracy and Economic Reforms in Latin America*, San Francisco, ICS Press, 1994.

de las relaciones entre progreso económico y progreso político ha quedado en suspenso, al no poderse extraer claramente ninguna correlación o ley general de las experiencias reales. Y fue esto mismo lo que motivó a que O'Donnell escribiera: "los debates sobre la situación de las democracias emergentes resultan en ocasiones tan poco concluyentes que me hacen pensar en aquella antigua polémica sobre el vaso medio vacío o medio lleno",⁵⁹ lo que refleja el grado hasta el cual se han multiplicado las perspectivas y las indecisiones. De manera general constatamos que en este universo de la investigación sobre las democratizaciones los comparativistas abogan ahora por una cierta modestia comparativa. El ejercicio consistiría más en enlistar el repertorio de las artimañas de la historia que en empeñarse en aprehender el engranaje de las causas y los efectos, en establecer un *corpus* de leyes, de axiomas o de enunciados válidos y aplicables a la totalidad de los procesos.⁶⁰

Es así que Marshall Wolfe, antiguo director de división de la Oficina de la CEPAL en Santiago de Chile, escribía que tras el fracaso de la mayoría de los modelos y paradigmas sociales, "sería ahora difícil que un actor social, cualquiera que éste fuera, pudiera creer que sus funciones lo autorizan para imponer un esquema de desarrollo o de revolución".⁶¹ De manera análoga y aún más significativa, Claus Offe expresaba, a propósito de los cambios ocurridos en los últimos años, particularmente en los Países del Este, que

⁵⁹ G. O'Donnell, "Do Economists Know Best?", *Journal of Democracy*, vol. 6, núm. 1, enero de 1995, p. 23.

⁶⁰ Aquí de nuevo, a fin de evitar cualquier malentendido, precisemos que esto no significa de ninguna manera que las investigaciones sobre las democratizaciones renuncien —o deban renunciar— a un enfoque teórico o una tentativa de enunciación de regularidades y generalidades. Al igual que Green y Shapiro, consideramos que no es posible negar que los comportamientos políticos sean gobernados por leyes; "afirmar esto sería renunciar, efectivamente, a la meta de llegar a un estudio científico de la política. Sin embargo, una cosa es suponer que existe una ley que rige la conducta política y otra muy distinta que todo es regido por las mismas leyes". De igual forma consideramos "que, bajo ciertas circunstancias, la generalidad es deseable. Pero el punto es determinar si la generalidad en cuestión capta el proceso causal que actúa en el fenómeno político que observamos o bien si va en detrimento de la verosimilitud". D. Green e I. Shapiro, "Choix rationnels et politique: Pourquoi en savons-nous toujours si peu?", *Revue Française de Science Politique*, vol. 45, núm. 1, febrero de 1995, p. 122 (traducción al español, "La política explicada por la teoría de la elección racional. ¿Por qué es tan poco lo que esta teoría nos ha enseñado?", *Foro Internacional*, vol. XXXIV, núm. 3 (137), julio-septiembre de 1994, pp. 397 y 398).

⁶¹ M. Wolfe, "Los actores sociales y las opciones de desarrollo", *Revista de la CEPAL*, núm. 35, Santiago de Chile, 1988, p. 144.

el carácter netamente no teórico de la conmoción se refleja en las formas literarias que la acompañan. En éstas se encuentran totalmente ausentes todas las expresiones analíticas y directivas generadas por intelectuales revolucionarios. Y cuando los teóricos en ciencias sociales se expresan, no lo hacen por medio de interpretaciones globales de los acontecimientos y de su dinámica, sino más bien mediante descripciones más modestas de aspectos aislados, cuando no se presentan como simples ciudadanos y personas preocupadas, que no reivindican un determinado punto de vista privilegiado, como resultado de su profesión.⁶²

En uno de sus ensayos, Clifford Geertz dedicó un gran espacio a lo que llama la reconfiguración del pensamiento social. Según él,

algo está pasando en la forma en que pensamos sobre la manera de pensar [...] muchas ciencias sociales se han alejado de un ideal de explicación de las leyes y de los ejemplos para volverse hacia un ideal de casos y de interpretaciones, y su búsqueda se encamina menos hacia el tipo de cosa que asocia los planetas y los balancines, y más hacia aquello que vincula los crisantemos y las espadas.⁶³

En particular, los instrumentos del razonamiento están cambiando, “la sociedad es descrita cada vez menos como un juego serio, un drama callejero o un texto de comportamiento”.

Parafraseando a Geertz, podría también decirse que en los últimos años estamos asistiendo a una reconfiguración del pensamiento social en América Latina. Durante mucho tiempo el continente fue un territorio predilecto para las proyecciones de las Grandes Teorías y la construcción de Grandes Relatos. Hoy, por el contrario, en esta región predomina la idea de que el intelectual o el tecnócrata, en cuanto artesanos de sus comunidades imaginadas o tecnólogos de lo social, han dejado de ser hacedores o narradores de milagros:

El especialista sin energía que distribuía panaceas para una política universal está desapareciendo, pero también lo está haciendo el sabio que, desde su escritorio, distribuía juicios aprobados. La relación entre pensamiento y acción en la vida social no puede ser concebida en términos de sabiduría, como tampoco en términos de competencias.

⁶² Offe, *op. cit.*, p. 924.

⁶³ Geertz, *op. cit.*, pp. 29 y 27, respectivamente. Las siguientes citas fueron tomadas de las páginas 23 y 47, respectivamente.

En este sentido, uno de los avances más notables de la investigación sobre la democratización fue haber iniciado una especie de cuestionamiento de las ilusiones inherentes a las racionalizaciones retrospectivas y al determinismo. “Éstas siguen siendo indisolubles”, como lo subrayara Aron:

siempre se encuentra la explicación razonable de una victoria, *post-eventum* [...] la retrospectión es infalible, dado que da cuenta de un futuro pasado. Para reducir a la unidad las múltiples interpretaciones posibles sería necesario sacar a la luz una determinación: considerando tal factor, la consecuencia no podía ser otra que la que fue. Sólo el estudio de los antecedentes puede demostrar la necesidad del futuro. Pero, al mismo tiempo, salimos de la comprensión y recurrimos a los procedimientos de la verificación causal.⁶⁴

La linealidad causal de los procesos democráticos, que lleva la explicación al encadenamiento secuencial y cronológico, fue así seriamente cuestionada. Es claro que en sus análisis Linz, y con él muchos otros politólogos, no renuncian a tratar de identificar tiempos fuertes y tiempos débiles, a exponer el recorrido de los hechos. Pero tal exposición siempre se hace no con base en leyes causales, del orden de lo anterior y lo posterior, sino más bien bajo la luz tamizada de lo indeterminado. Las democratizaciones no son procesos lineares que caigan irreversiblemente por el embudo del reloj de arena. Aquí, la imagen del péndulo y de las oscilaciones de su balancín serían, como de hecho lo sugirió un autor, más apropiadas que las construcciones lineares para describir las trayectorias de las democratizaciones.⁶⁵

El relato de las democratizaciones, parecen afirmar los especialistas, fue menos la “crónica de una muerte anunciada” del autoritarismo —o del nacimiento igualmente inesperado de la democracia— que la narración de un relato calcado sobre el del “jardín de los senderos que se bifurcan”, en el que los alias y los inesperados constituyen la trama esencial de la intriga.⁶⁶ Para la mayoría de los especialistas la novela de

⁶⁴ R. Aron, “Explication d’origine et rationalité rétrospective”, en Aron, *Introduction à la philosophie de l’histoire. Essai sur les limites de l’objectivité historique*, Paris, Gallimard, 1938 y 1986, p. 173.

⁶⁵ R. Pastor (dir.), *Democracy in the Americas. Stopping the Pendulum*, Nueva York, Holmes and Meier, 1989.

⁶⁶ El cuento de Borges es, según sus propias palabras, “una enorme adivinanza o parábola cuyo tema es el tiempo”. La idea central del argentino es plantear una concepción del tiempo que no sea uniforme y absoluta, sino multiforme; un tiempo com-

las democratizaciones, la narración total del conjunto de los procesos está fuera de su alcance y sólo es posible reconstruir una historia fragmentada, parcial y siempre inacabada. No existe un lienzo que pueda irse desenrollando según un modelo preestablecido que autorice una dilucidación exhaustiva de la totalidad de las intrigas que constituyen las democratizaciones contemporáneas, cada una de las cuales se despliega según su propio ritmo, secuencia y temporalidad.

Sometidos a los bombardeos incesantes de hechos, no sólo de una historia sino de múltiples historias reales, individuales y colectivas, locales y mundiales, los especialistas sin duda compartirían la opinión de Lyotard o de Calvino, para quienes el tiempo unilinear de los Grandes Relatos ha sido revolucionado⁶⁷ y para quienes

hoy día es un contrasentido escribir novelas largas. El tiempo ha estallado en pedazos; solamente podemos vivir o pensar fragmentos de tiempo, cada uno de los cuales se aleja según su propia trayectoria y de pronto desaparece. Solamente podemos encontrar continuidad en las novelas de la época en la que el tiempo ya no aparecía como inmóvil, pero aún no había estallado. Una época que, a grandes rasgos, duró cien años, y es todo.⁶⁸

Algo más que desaparece es la pretensión misma de enunciar predicciones o profecías sobre lo que podría o debería ser. Hechas de tiempos y contratiempos, las democratizaciones no avanzaron suavemente, una después de la otra, de acuerdo con un arco temporal idéntico, moldeable según una teoría general. Lejos de ser una invitación a confirmar certidumbres, ellas han contribuido a socavar algunas. Co-

puesto "por series infinitas de tiempos, en una corriente creciente y vertiginosa de tiempos divergentes, convergentes o paralelos", "una trama del tiempo de los tiempos que se aproximan, se bifurcan, se cortan o se ignoran durante siglos abarca todas las posibilidades". J. L. Borges, "Le jardin des sentiers qui bifurquent", en Borges, *Oeuvres complètes*, Paris, Gallimard, 1993, p. 507.

⁶⁷ J. F. Lyotard, *La condition postmoderne*, Paris, Éditions de Minuit, 1979.

⁶⁸ I. Calvino, *Si par une nuit d'hiver un voyageur*, Paris, Éditions du Seuil, 1981, p. 12. Es a principios de siglo, entre 1880 y 1910, como lo demuestran los trabajos de Kern, cuando las representaciones temporales entran en crisis. En 1884, particularmente, se organiza una conferencia internacional en la cual se procede a la demarcación de los husos horarios; catorce años después de que Henri Poincaré publicara su artículo sobre la medición del tiempo, haciendo eco a los trabajos de Bergson sobre la duración. Así, en el momento en el que se impone una universalización de la medición del tiempo surge una concepción filosófica del tiempo que insiste sobre su dimensión cualitativa y subjetiva. Véase S. Kern, *The Culture of Time and Space (1880-1910)*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1983.

mo escribiera Hirschman, “los sociólogos, historiadores y observadores políticos coinciden generalmente en un punto respecto a las revoluciones del Este y de 1989, a saber, que nadie las había previsto”.⁶⁹ De igual forma, en América Latina y en los países de Europa Central y Oriental la capacidad para predecir el surgimiento democrático y su consolidación se encuentra sumamente minada.

Un ejemplo es particularmente revelador de ese nuevo espíritu de los especialistas en las democratizaciones y, en especial, de los latinoamericanistas. A principios de 1995 el *Journal of Democracy* solicitó a algunas figuras sobresalientes de la disciplina que, en los albores del siglo XXI, evaluaran el futuro de la “tercera ola” democrática. Al plantearse los diversos escenarios las respuestas fueron notablemente indecisas o equilibradas.⁷⁰ Pero quizá la contestación más asombrosa fue la del politólogo O’Donnell, uno de los más brillantes especialistas en materia de democratización en el contexto latinoamericano, al declarar que no podía responder a semejante pregunta. “No sé lo suficiente para poder formular una u otra de las predicciones que esas preguntas tratan de derivar.”⁷¹ Pero aquello que definitivamente desaparece de la literatura sobre las democratizaciones es la tendencia a inscribirse en una perspectiva historicista que busca “interpretar el pasado para predecir el futuro”,⁷² a descubrir leyes o modelos que permitan revelar y predecir el futuro mismo de las democratizaciones.

La proliferación de los imprevistos en la historia ha invitado en efecto al abandono de una cierta ilusión sobre “la marcha de la historia”,⁷³ al percibirse ahora el futuro de los procesos como particularmente “tumultuoso, incierto y aleatorio”.⁷⁴ Como ha subrayado Dobry

⁶⁹ A. Hirschman, “Un sage et salutaire abandon. Les événements de l’Est et des pays du Sud”, *Esprit*, noviembre de 1990, p. 63.

⁷⁰ P. Schmitter, “More Liberal, Preliberal or Postliberal?”, *Journal of Democracy*, vol. 6, núm. 1, enero de 1995, pp. 15-22.

⁷¹ G. O’Donnell, “Do Economists Know Best?”, *Journal of Democracy*, vol. 6, núm. 1, enero de 1995, p. 27. Al respecto véase también, L. Diamond, “Democracy in Latin America. Degrees, Illusions and Directions for Consolidation”, en T. Farer (comp.), *Collectively Defending Democracy*, Baltimore, The John’s Hopkins University Press, 1995.

⁷² Popper, *Misère de l’historicisme*, op. cit., p. 63. Véase, asimismo, la crítica de Popper sobre la propensión de las ciencias sociales a deslizarse hacia la predicción y la profecía. K. Popper, “Prediction and Prophecy in the Social Sciences”, en Popper, *Conjectures and Refutations. The Growth of Scientific Knowledge*, Londres y Nueva York, Routledge, 1963 y 1989, pp. 336-346.

⁷³ E. Lévinas, *Les imprévus de l’histoire*, Paris, Fata Morgana, 1994.

⁷⁴ P. Schmitter, “Dangers and Dilemmas of Democracy”, *Journal of Democracy*, núm. 5, abril de 1994, pp. 57-74.

al referirse a los trabajos de Linz, en esos enfoques se observa “una marcada voluntad de encontrar las maneras de pensar en las bifurcaciones que pueden intervenir en procesos semejantes”, de donde se desprenden también las tentativas de distinguir “una estructura en árbol, cuyas ramificaciones marquen los diversos caminos que, cuando menos en ciertas fases de esos procesos, se habrían presentado en ‘la marcha de los acontecimientos’”.⁷⁵ Lo que se cuestiona es “la ilusión etiológica”, es decir, la postura que busca reducir la explicación de los procesos a la identificación de factores, variables o fenómenos situados con anterioridad a los fenómenos o sucesos que van a ser explicados, al punto que las crisis y los fenómenos aparentes son concebidos como transparentes, sin misterio.

En los análisis contemporáneos de las democratizaciones, tal transparencia de los procesos ha disminuido notablemente, en la medida en que las investigaciones se han esforzado, por el contrario, en sacar a la luz o reflexionar sobre toda la gama de mediaciones causales que existe entre los determinantes anteriores y los resultados posteriores. Pero los análisis no celebran de ninguna manera el triunfo del indeterminismo o del azar absoluto, y ello por una razón a la vez simple y fundamental, que Popper resumió de manera adecuada: “con el indeterminismo de un Dios que juega a los dados o de las leyes de la probabilidad no se consigue hacer un lugar a la libertad humana”.⁷⁶ Ahora bien, constatamos, precisamente, que los análisis de las democratizaciones, al centrarse en los actores, sus elecciones y sus estrategias, han tratado de manejar este margen de libertad, de reintroducir la autonomía de los individuos. Puede entonces afirmarse que dichos análisis oscilan entre el voluntarismo y el indeterminismo, sin que puedan resolverse por el uno o por el otro.

LOS TRANSITÓLOGOS ENTRE EL SABER Y EL PODER

Tal evolución resulta más notable en cuanto que los transitólogos no sólo fueron observadores, sino también actores de los procesos, por lo

⁷⁵ M. Dobry, *Sociologie des crises politiques*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1992, pp. 74 y 50 para la siguiente cita.

⁷⁶ Popper, *L'univers irrésolu...*, *op. cit.*, p. 104. Popper dedicó un ensayo notable al enfoque probabilístico y al problema fundamental de la teoría del azar y de los fenómenos aleatorios. Véase K. Popper, “La probabilité”, en Popper, *La logique de la découverte scientifique*, París, Payot, 1973, pp. 146-217.

que la transformación de su expresión en cierta forma anticipó o participó en la transformación del quehacer político. Ya fueran economistas, politólogos o sociólogos, muchos han sido los hombres de saber latinoamericanos que han accedido al poder al término de los procesos democráticos⁷⁷ que estudiaban y de los cuales formaron parte integral, con lo que participaron en la renovación política.⁷⁸

Como el propio Cardoso nos recuerda,

esto no tiene nada de excepcional. Los vínculos entre la élite intelectual y la élite política siempre han sido muy fuertes. Algunos de nuestros intelectuales más ilustres, como los juristas Ruy Barbosa y Joaquim Nabuco, desempeñaron un papel central en la conducción de nuestro país. La Primera República brasileña, antes de haber sido derribada por la Revolución de 1930, fue bautizada como la “República de los diplomas en derecho”, y eran los juristas quienes solían entonces encarnar el cuerpo de los intelectuales. De igual forma, el gran sociólogo Gilberto Freyre fue diputado. Bajo el régimen autoritario que instauraron los militares en 1964, los medios intelectuales representaron uno de los principales focos de oposición; luchaban por el restablecimiento de las libertades democráticas. Fue de hecho en esta época cuando yo entré de lleno en la política. Como lo ven, no existe separación entre vida intelectual y vida política.⁷⁹

⁷⁷ El ejemplo de Brasil resulta muy ilustrativo a este respecto. Constatamos así la presencia en el gobierno del eminente sociólogo Cardoso y de numerosos “transitólogos”, empezando por Francisco Weffort, antiguo estudiante y asistente de Cardoso, profesor titular del Departamento de Ciencias Políticas y coordinador del Círculo de Estudios para la Democracia de la Universidad de São Paulo, quien en 1995 se convirtió en ministro de la Cultura. Asimismo, Pedro Malan, designado ministro de Finanzas en 1995 y fundador, en 1979, del Instituto de Economistas de Río de Janeiro, en donde se discutieron las grandes ideas de la época. Este antiguo alumno de Fishlow, con un doctorado en economía por la Universidad de Berkeley, fue antes investigador y especialista en economía internacional, así como profesor en la Universidad Católica de Río, y en 1992, luego de una carrera en el seno de la ONU y del BID en Nueva York, tomó el cargo de director del Banco Central, por petición de su amigo Cardoso.

⁷⁸ Este fenómeno no es de ninguna manera exclusivo de América Latina. En los países de Europa Central y Oriental muchos observadores de las transiciones también se convirtieron en actores de las mismas, tales como Leszek Balcerowicz, antiguo ministro de Finanzas del primer gobierno polaco de “Solidaridad” y quien actualmente ha vuelto a ser profesor del Instituto de Economía de Varsovia. Entre sus más recientes publicaciones se encuentra, “Understanding Postcommunist Transition”, *Journal of Democracy*, vol. 5, núm. 4, octubre de 1994, pp. 75-89.

⁷⁹ S. Monclaire, “Entretien avec Fernando Enrique Cardoso”, *Politique Internationale*, núm. 67, primavera de 1995, pp. 9 y 10.

De hecho, tal vez sea a la luz de esta ambivalencia, particularmente notable entre los especialistas latinoamericanos, como deba explicarse la tentación que aflora con recurrencia en sus escritos al tratar de hacer previsiones políticas o formular imperativos políticos, en tanto ellos mismos son actores de esa política o bien tienen como interlocutores a políticos preocupados por aumentar la visibilidad y legibilidad del futuro. Asimismo, quizá sea preciso considerar esta ambivalencia como el origen de los desvíos finalistas o teleológicos que llevan, como lo ha subrayado Albert Hirschman, a sobredeterminar retrospectivamente éste o aquel acontecimiento, reconstruyendo el pasado a partir de encadenamientos lógicos que hacen una excesiva abstracción del desarrollo casual de los hechos.⁸⁰

Pero lo que resulta sorprendente es que el tiempo de las democratizaciones contemporáneas se configura como un episodio más de la historia de las relaciones entre el saber y el poder. Desde una perspectiva analítica es posible reducir a cuatro, como lo señalaba Sartori, el número de configuraciones posibles entre saber y poder, con dos casos límite (“poder sin saber” o “saber sin poder”) y dos intermedios (“el saber en el poder” y “quienes tienen el poder también tienen el saber”),⁸¹ siendo estos últimos los que hoy predominan. Pero sean cuales sean las configuraciones, la historia de las relaciones entre intelectuales y políticos sigue siendo una historia de tensiones. Tensión inherente a dos tipos de *ethos* que se contraponen, se complementan y se limitan, y respecto a lo cual Max Weber realizó un admirable análisis de la ética de las convicciones y la ética de la responsabilidad.⁸² De hecho, estamos frente a dos fuentes distintas de autoridad, a saber, la fuente moral del intelectual en tanto poseedor de conocimientos y de ideas, y la fuente política del político, detentor de poderes y de actos.

Esta tensión entre intelectuales y políticos se encuentra, además, atravesada por las fricciones en el interior mismo de esas dos comunidades. En efecto, tanto en la esfera intelectual como en la política los conflictos siempre han estado presentes y han sido notables. Adquieren formas sumamente variadas y en ocasiones se centran en el control o el acaparamiento de los sitios de saber (revistas, institutos, estudios,

⁸⁰ A. Hirschman, “The Search for Paradigms as a Hindrance to Understanding”, en Hirschman, *A Bias for Hope*, New Haven, Yale University Press, 1971, pp. 347 y ss.

⁸¹ G. Sartori, *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 328 y ss.

⁸² M. Weber, *Le savant et le politique*, París, Plon, 1959, pp. 167 y ss.

etcétera) y, más fundamentalmente, en enunciar la especialización legítima. Entre los transitólogos, más allá de las muy variadas y variables discusiones y discrepancias, una de las tensiones más sobresalientes es aquella que enfrenta a economistas y politólogos.

En uno de sus artículos el politólogo O'Donnell deploraba la abdicación de la ciencia política frente a la ciencia económica, al haber adquirido esta última, según él, la hegemonía en materia de ingeniería democrática y de asesoría gubernamental. O'Donnell atacaba particularmente a los miembros de la comunidad económica, "detentores de empleos en las instituciones financieras internacionales y, en especial, primeras figuras en lo que se refiere a hacerse escuchar y a decir a los gobiernos de las nuevas democracias aquello que deben hacer".⁸³

Dicha tensión también está perfectamente ilustrada por aquello que Timothy Garton Ash llama "el duelo de los dos Vaclavs":⁸⁴ Vaclav Havel y Vaclav Klaus, esas dos figuras que en cierto sentido encarnan la polaridad magnética entre el intelectual y el técnico. Asimismo, otro golpe transversal más estimulante es el que propone Isaiah Berlín, en *Les penseurs russes*. Berlín distingue entre los zorros y los erizos, es decir, aquellos cuya visión del mundo se reduce a una sola visión central, a un solo sistema, y que piensan en el mundo a partir "de un solo principio organizador, único y universal" (los monistas, los erizos), y "aquellos que viven, actúan, reflexionan de manera centrífuga, más que centrípeta" (los pluralistas, los zorros).⁸⁵ Estos dos ti-

⁸³ O'Donnell, "Do Economists Know Best?", *op. cit.*, p. 25. En relación con algunas publicaciones importantes de los autores atacados por O'Donnell, véase J. Jeffrey Sachs y W. Thye Woo, "Structural Factors in the Economic Reforms of China, Eastern Europe and Former Soviet Union", *Economic Policy*, núm. 18, abril de 1994, pp. 101-145; o bien, el único autor que O'Donnell menciona explícitamente, J. Williamson (comp.), *The Political Economy of Policy Reform*, Washington, D. C., Institute for International Economics, 1994.

⁸⁴ T. Garton Ash, "Prague: Intellectuals and Politicians", *The New York Review of Books*, 12 de enero de 1995, pp. 34-41.

⁸⁵ I. Berlín, "Le hérisson et le renard", en Berlín, *Les penseurs russes*, Paris, Albin Michel, 1984, p. 57 y ss. Como lo destaca Berlín, Dante pertenecería a la primera categoría (lo mismo que Platón, Hegel o Montaigne), mientras que Shakespeare pertenecería a la segunda (al igual que Erasmo o Pushkin). La distinción de Berlín dio lugar a muchos comentarios, entre los cuales cabe mencionar el de Claudio Véliz, quien interpreta la evolución de los años recientes en América Latina como el fracaso del pensamiento "barroco del erizo" (a diferencia del estilo "gótico del zorro"), pensamiento doctrinario hecho de certidumbres y heredado de la Contrarreforma. C. Véliz, *The New World of the Gothic Fox: Culture and Economy in English and Spanish America*, University of California Press, 1994.

pos ideales recorren el espectro de las clasificaciones entre intelectuales y tecnócratas.

Havel es el ejemplo vivo de los dilemas del intelectual en la política. Asimismo, las relaciones entre el presidente-dramaturgo y el primer ministro-economista distinguido por la Academia de Ciencias de la República Checa revelan mucho más que conflictos entre biografías o personalidades. El cuento de los dos Vaclavs no es solamente el del intelectual Havel contra el político Klaus. Estos dos ejemplos muestran claramente la imbricación de esas dos esferas o, si se prefiere, ilustran a la perfección las dos configuraciones intermedias que mencionamos antes (“el saber en el poder” –Havel– y “quienes tienen el poder también tienen el saber” –Klaus–). “Havel es sin duda un intelectual de mayor envergadura y Klaus un político más efectivo. Pero, en realidad, ambos pertenecen a la categoría de los intelectuales, como lo demuestra el episodio del PEN Club”, ambos pertenecen a los mismos círculos de amigos y de enemigos.⁸⁶

En las sociedades contemporáneas estos dos casos intermedios se han generalizado, en cuanto la profesionalización del político ha ido aparejada a una creciente presencia de intelectuales y expertos, como recurso estratégico del primero. Asimismo, para Sartori la cuarta combinación parece prevalecer hoy día, lo cual no significa que todos los poderosos que detentan un poder sean, literalmente, quienes saben más, sino, más sutilmente, que “los detentores del poder acuden a aquellos que saben, como recurso adicional para su poder”.⁸⁷

Tal afirmación se verifica parcialmente en América Latina, donde las relaciones entre poder y saber parecen indisolubles en virtud del espacio que ocupan los tecnócratas y los intelectuales en las arenas políticas de algunos de esos países, como Chile y México, por ejemplo, y en virtud de la imbricación total de las comunidades epistémicas, en donde “zorros” y “erizos” se han consagrado a relatar y a hacer las democratizaciones y, como escribe Lechner, a transformar las cartas cognoscitivas y los estilos del político y de la política.⁸⁸

⁸⁶ Garton Ash, *op. cit.*, p. 40.

⁸⁷ Sartori, *La política. Lógica y método...*, *op. cit.*, p. 329. El problema del surgimiento de los “tecnócratas” en la política, y en particular de los economistas, fue también abundantemente comentado en relación con América Latina y, en especial, con México y Chile. Véase, por ejemplo, J. G. Valdés, *Pinochet's Economists. The Chicago School in Chile*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1995; M.A. Centeno, *Democracy Within Reason. Technocratic Revolution in Mexico*, University Park, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press, 1994.

⁸⁸ Véase, N. Lechner, “Los nuevos perfiles de la política: un bosquejo”, *Documento de Trabajo-Estudios Políticos*, núm. 31, FLACSO, octubre de 1993.

CONCLUSIÓN

Constatamos, en efecto, en el caso de muchos intelectuales y responsables de la política, un nuevo espíritu experimental y menos sistemático,⁸⁹ en el que la idea de una armonía original o final ha sido descartada en favor de la idea de la armonización imperfecta, provisional y sujeta a revisión, que deja abierta una gama de oportunidades de vida y de posibilidades. Vale más, nos dicen muchos intelectuales y funcionarios latinoamericanos, a semejanza de Berlin,

no tratar de calcular lo incalculable, no suponer que existe un punto arquimediano fuera del mundo, a partir del cual todo es mensurable y modificable; es mejor emplear en cada contexto los métodos que parezcan serle los más adecuados, aquellos que ofrezcan (pragmáticamente) el mejor resultado; resistir a las tentaciones de Procusto.⁹⁰

La buena nueva de América Latina en este fin de siglo es la de una región que empieza a desterrar un fantasma que durante mucho tiempo la acosó, el fantasma de una buena teoría que habría de producir las leyes del desarrollo de las sociedades, y de las cuales se desprendería la práctica de una fórmula racional. La trayectoria latinoamericana durante los últimos dos decenios es, en definitiva, la trayectoria del abandono: de las ideas totalizantes, de los esquemas únicos en el interior de los cuales “la totalidad de la experiencia pasada, presente y por venir, realizada, posible o virtual se ordenaría de manera coherente”.⁹¹ Ella indica, en este sentido, el fracaso de la transitología, que invita, en particular, a actores y a observadores a adoptar una cierta humildad, a la vez evaluativa y propositiva.

Asimismo, para los países de Europa Central y Oriental, la “gran lección” proveniente de América Latina puede derivarse de la observación expresada por O'Donnell, para quien “uno de los caracteres particulares de las transiciones radica en que éstas son las más inciertas. Obligan a navegar sobre mares poco conocidos, poco cartografiados, repletos de peligrosos arrecifes. El empleo adecuado de los instrumentos sin duda es de ayuda, pero no garantiza el final feliz de la travesía”.⁹² En este sentido, el mismo politólogo aboga por una mayor conceptualización y teoriza-

⁸⁹ A. Hirschman, “L'économie politique du développement en Amérique Latine”, en Hirschman, *Un certain penchant à l'autosubversion*, París, Fayard, 1995, p. 268.

⁹⁰ Berlin, *op. cit.*, p. 115.

⁹¹ I. Berlin, *Éloge de la liberté*, París, Calmann-Lévy, 1990, pp. 157 y ss.

⁹² Citado por Hermet, *Les désenchantements de la liberté...*, *op. cit.*, p. 220. Véase G.

ción,⁹³ a cuyo llamado muchos colegas ya han aportado importantes contribuciones, en particular quienes trabajan simultáneamente sobre América Latina y Europa Central y Oriental,⁹⁴ y que otras obras por venir intentarán reforzar.

Como lo destacan muchos autores, parece ahora preferible sustituir “la ambición de poner al desnudo las ‘leyes de la historia’”, por esa otra, “más a nuestro alcance, de intentar identificar aquí y allá el juego eventual de las ‘leyes en la historia’”.⁹⁵ Para ello tal vez sea preciso reconsiderar la proposición que formulara Przeworski a principios de los años noventa, a saber, que sería aconsejable “olvidar la geografía” y “poner a Polonia en el lugar de Argentina, a Hungría en el lugar de Uruguay”.⁹⁶ En otras palabras, sería aconsejable que en adelante se perseverara en el trabajo comparativo, incorporando en él la dimensión temporal; el estudio de los cambios democráticos podría en ese sentido integrar en sus cuestionamientos los problemas de los ritmos, de las secuencias, o incluso del *timing*, es decir, el problema del tiempo político.⁹⁷

Traducción de LORENA MURILLO

O'Donnell, “Transitions to Democracy: Some Navigation Instruments”, en R. Pastor, *Democracy in America*, Nueva York, Holmes and Meier, 1989, pp. 62 y 63.

⁹³ Véase los trabajos más recientes de Guillermo O'Donnell y, en particular, G. O'Donnell, “On the State: Democratization and Some Conceptual Problems: A Latin American View with Glances at Some Postcommunist Countries”, *World Development*, vol. 21, núm. 8, agosto de 1993, pp. 1355-1370.

⁹⁴ Hasta la fecha, entre los trabajos teóricos más importantes podemos mencionar el de Przeworski, relativo precisamente a un estudio comparado y una teorización a partir de casos latinoamericanos y de Europa del Este. Véase A. Przeworski, *Democracy and the Market*, *op. cit.*; D. Rustow, “Transitions to Democracy. Toward a Dynamic Model”, *Comparative Politics*, núm. 2, 1979, pp. 337-363; J. Linz y A. Stepan, *The Breakdown of Democratic Regimes*, 2 vols., Baltimore, The John's Hopkins University Press, 1978; G. O'Donnell, P. Schmitter y L. Whitehead, *op. cit.*; L. Diamond, J. Linz y S.M. Lipset (comps.), *Democracy in Developing Countries*, 4 vols., Boulder y Londres, Lynne Rienner Publishers y Admatine Press Limited, 1989 y 1995.

⁹⁵ Dobry, “Les causalités de l'improbable...”, *op. cit.*, p. 113. Dobry retoma aquí la distinción que hace el historiador P. Veyne en *Comment on écrit l'histoire*, París, Seuil, 1971.

⁹⁶ Przeworski, *Democracy and the Market...*, *op. cit.*, p. 191. En su obra más reciente, que escribió junto con muchos otros políticos, Przeworski persiste y firma un ensayo en el que el este y el sur siguen siendo puestos en perspectiva. Véase A. Przeworski (comp.), *Sustainable Democracy*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1995. Al respecto, véase también A. Przeworski, “Political Dynamics of Economic Reforms: East and South”, en G. Szoboszlai (comp.), *Democracy and Political Transformation: Theories and East-Central European Realities*, Budapest, Hungarian Political Science Association, 1991, pp. 21-74.

⁹⁷ Véase J. Santiso, “Les horloges et les nuages: Temps et contretemps des démocratisations”, *Hermès*, núm. 19, 1996, pp. 165-182; J. Santiso, “Time, Democratisation

and Rational Choice”, trabajo presentado durante el *Nuffield Sociology Seminar*, organizado por John Goldthorpe, el 29 de noviembre de 1997, Oxford University; P. Schmitter, “Rhythm, Timing and Sequence in the Constitution of Democracy”, *op. cit.*, pp. 3 y ss. La mayor parte de la obra de Linz, empezando por sus trabajos más recientes, aborda esta dimensión temporal de las democratizaciones. Cabe mencionar, por ejemplo, J. Linz y Y. Shain, “The Timing and the Nature of First Democratic Elections”, en Linz y Shain (comps.), *Between States. Interim Governments and Democratic Transitions*, Cambridge y Nueva York, 1995, pp. 76-91.